

sinado por los indios «payaguas», que le habían brindado engañosa hospitalidad... O Alonso Niño, el piloto de la primera hora colombina, acabado en las lobregueces de una prisión, entre los papeles de un merecido proceso. O Lope de Aguirre, «el Peregrino» que se alzaría contra el Rey, matando a su propia hija para evitarle, en un trágico exceso de cariño, posibles ultrajes después de su suicidio.

El mismo Colón, aunque de muerte natural, había acabado en Valladolid tan oscurecido y abandonado como, años después y en circunstancias semejantes, rendiría su vida Hernán Cortés en el pueblecito sevillano de Castilleja de la Cuesta. Mil veces preferible es la muerte callada y bendita, en la placidez de un claustro y con la compañía de buenos religiosos, como la tuviera Alonso de Ojeda, «el Caballero de la Virgen», héroe de Venezuela y vida novelesca, y aquel Fray Andrés de Urdaneta, el que descubrió la ruta para regresar desde Filipinas. O las de nuestro noble y apenas conocido paisano, el esclarecido ciudarrealceno García Jofre de Loaysa, y el gran Sebastián Elcano, víctimas ambos del escombuto, que tienen como tumba las profundidades abismales del Pacífico.

Algún otro, como Balboa, sufrió también muerte parecida en el infamante patíbulo. Pero la autoridad de Pedrarias como Gobernador del Darién dió a la sentencia un tinte de legalidad, aunque no de estricta justicia, que nunca tuvo la ejecución de Diego de Almagro, ordenada por el rencoroso Hernando sin conocimiento de su hermano Francisco, y hasta con usurpación de funciones justicieras que sólo incumbían al Emperador.

¡Morir, morir!

Pero la vida esforzada del bravo capitán manchego no mereció aquel final de infamia.

LA LEYENDA Y LA HISTORIA

LA tradición, de boca en boca, pasó hasta los libros: refiérese que Dieguillo, allá por el 1490, servía como criado a unos señores muy principales de Almagro, que vivían en la calle hoy llamada de las Dominicas. Cierta día enviáronle por vino, y al llegar al sitio que hoy ocupa la Iglesia de Madre de Dios,



La señorial villa de Almagro, patria del conquistador del Perú, antiguamente llamada "la ciudad de las encajeras y los caballeros", conserva como testimonio de su esplendoroso pasado estas mansiones solariegas, tales como el palacio del Conde de Valparaíso...